

---

---

# En la poesía de Rogelio Echavarría, frescura y concisión admirables

FERNANDO CHARRY LARA\*

---

---

Rogelio Echavarría (1926) publicó en 1948 un breve libro, *Edad sin tiempo*, en el que ya podían advertirse con nitidez varias de las calidades que han ido luego acompañando su poesía: objetividad del lirismo, novedad, temporalidad, hallazgo de lo maravilloso entre lo conocido circundante. En otro volumen, *El transeúnte* (1964), esas características suyas ganaron expresividad. La palabra tiende a revelarnos directamente, sin abstracciones ni rodeos, una atmósfera incandescente que parece concordar de manera inmediata con la realidad y por la que transita, oyendo alrededor el crecimiento de su sombra, la soledad de la poesía:

*Desde mi oscuridad veo todo tu cuerpo,  
y tú, que estás iluminada, no ves mis ojos,  
ni siquiera mis ojos, ensombrecidos de luz tuya.  
En el agua del sol que humedece la primavera,  
en el agua del agua que llueve,  
en el agua desesperada de la sed  
y en la definitiva marea que te invade,  
no sabe el llanto infinito de tus ojos su cauce,  
desvelado en la noche y el día  
lentamente esperando.*

---

\* Abogado, periodista, poeta y crítico literario.

*Y el corazón —su tacto su oído desperfecto,  
su almendra perfumada y su beso cuajado—  
estará para siempre seguro de su sombra  
en sus cuatro paredes sin huésped.*

Si se observan algunas tentativas de la joven poesía que confluyen hacia la búsqueda de una dicción más fresca y que halla en la opacidad de la vida de todos los días —“Ah, que la vida es cotidiana!”— un estímulo permanente de la imaginación poética, tendrá que reconocerse que estos poemas de Rogelio Echavarría, escritos hace ya años, constituyen feliz anticipo, entre nosotros, de un lirismo, a la vez concreto y vertiginoso, que se puso de moda tiempo después. Su poesía, no obstante que a menudo nos hace pensar, no debe su seducción a un discurrir entre sugerencias intelectuales, sino, ante todo, a su cercanía a ese hombre tan eterno y tan pasajero como nosotros mismos. Su pasión por la vida explica su obsesión por la muerte. El poema fluye entre dos misterios paralelos.

Los poemas de Rogelio Echavarría comprueban la aspiración de que el idioma de la poesía no puede diferir del todo del habla con que a diario nos comunicamos con nuestros semejantes. El lenguaje se llena así de significados que permanecían ocultos y que, en salto instantáneo, nos entregan su proximidad. Una distinta música agita, transparente, el oleaje de las palabras. No es la puntual melodía que, en algún sentido, ha vinculado tradicionalmente al canto las formas del verso. Sino una que permanece latente y casi callada. Es el ritmo de la conversación, en la apariencia de un momento impasible y otro secretamente apasionado, con que el hombre acostumbra ahogar, entre pausas, el estallido del asombro, el desconcierto o la desolación. Es el aliento apenas perceptible de este diálogo de poeta y lector con que se define, en último término, la magia del poema.

(“Revista Nacional de Cultura”, Caracas).